

---

# Glándulas apocrinas

Ángel Luis Romo

**L**o primero que me pareció extraño aquel día fue ceñirme el delantal. La cosa más simple requiere una mínima habilidad. Así que estuve un rato haciéndome el nudo en la espalda, con doble lazada, nada de colgajos, con lo mirada que es Pilar. Lo más que había hecho en la cocina era un huevo frito o una tortilla, pero sin protección alguna. Luego hice el recuento de todo lo que había comprado en la tienda. No podía faltar nada. Era la primera vez que ella venía a mi apartamento; todo tenía que salir

---

---

bien. Si me propuse invitarla a cenar era para salir airoso, reforzado. Allí estaban las patatas, las zanahorias, el pollo troceado, ajos, cebollas, pimientos, aceite, sal, pastilla de caldo, pimienta negra, harina, y el vino, blanco, claro. El tendero me dijo que valdría con vino corriente, pero yo decidí hacerlo con uno bueno, uno de esos que lo impregnan todo de matices afrutados. Lo puse todo en la encimera, a la vista, sartén, cazuelas, cubiertos, paleta..., no podía permitirme ningún despiste. No había sitio para nada más, pero le hice un hueco al libro de recetas, que abrí por aves y caza. Me tenía que dar tiempo a prepararlo bien y a dejarlo limpio, que Pilar viera que soy pulcro. Tardé lo impensable en cortar pimientos, cebolla y ajos, no como esos cocineros que lo cortan a velocidad de vértigo mientras te miran y te lo explican. Eché un poco de aceite y me puse con el sofrito.

A medio hacer el pollo, me di cuenta de que Pilar se lavarí­a después de cenar, como hace en su casa cuando voy, es decir, hasta hoy, siempre. Retiré el pollo y me fui al baño a dar un repaso al bidet, que dejé inmaculado. Coloqué las cosas y le di un agua al plato de la ducha, por si acaso. Nunca olvido mi primer intento, en el cine, tras el prolegómeno de los besos, de acariciarla en lo más sensible, mis manos temblorosas subiendo por sus tersas piernas, su parón momentáneo, sus manos sujetando las mías en sutil negativa que frenaba mi burdo atrevimiento, mi espesa iniciativa. No era más que el sudor, ese sudor de ingles que no puede evitar ningún tratamiento. “Ahora no, ten paciencia, cuando salgamos, subes a mi casa”, me dijo. Luego, en aquel pequeño estudio, después de su aseo liberador, ya pudimos dar rienda suelta a nuestros instintos. Cada persona suda por sitios diferentes. Creo, con sinceridad, que lo peor debe de ser hacerlo por las ingles, como ella me ha explicado tantas y tantas veces, al tiempo que hace de su problema un mundo. Yo no le doy apenas importancia, la quiero por otras muchas cosas.

Volví al pollo, que estaba frío, y le di unas vueltas al fuego para que se recuperara. Tomé un trago de vino para probarlo, eso sí, después de destrozar el corcho. ¡Hay que ver qué mal se me ha dado siempre! El vino era excelente, sin duda, y le di otro traguito, mientras el pollo borboteaba en la sartén. Sonó el teléfono. Era mi madre. Mi madre llama cada dos días; sólo para ver cómo estoy, y ya no sé qué contarle porque todo va como siempre, que es lo que le digo, pero tiene esa habilidad femenina para extraer conversación de cualquier simpleza que hace que me cueste quitármela del medio, así que hablamos, y habló, y habló mientras yo miraba el reloj, hasta que logré despedirme. Cuando volví al pollo, se había dorado algo más de la cuenta por un lado, tanto que casi

---

---

se me estropea. Creo que le di la vuelta a tiempo. Lo que más admiro de las mujeres es cómo hacen varias cosas a la vez en la cocina sin perder de vista ninguna. Le di otro traguito al vino antes de echar un poco en el sofrito, que dice el libro que adensa y da cuerpo. Luego amplíé la potencia del extractor porque se había formado un poco de humo, tal vez por no moverlo durante la llamada de mi madre. Antes de meterlo en la cazuela, pensé quitarle alguna piel que estuviera tostada; a fin de cuentas, la piel, después de frita, está de más en lo calórico, lo que agradecería Pilar.

A vueltas con lo del sudor, prefiero el mío, por las axilas, que es mi punto débil, porque lo de las ingles tiene que ser molesto, con la permanente humedad de la ropa interior que, como dice Pilar, se retuerce y encoge como un muelle al quitártela. El dermatólogo dice que es un exceso de glándulas apocrinas, algo que no se puede evitar. También recuerdo que una temporada se llegó a dar un desodorante especial que le aconsejaron, que inhibía la transpiración, pero le secó tanto la piel de esa zona tan delicada que se le quedó en carne viva, y tuvo que darse unas cremas reparadoras, con más y más lavados, consecuencias negativas aparte, porque yo no la podía ni tocar. Ella siempre se ducha dos veces, como mínimo. Y si no, se lava un poco para estar fresca. A mí nunca me importó tanto como a ella, que siempre está dando explicaciones y asume un tinte de vergüenza en ello. “¿Vergüenza, de qué?”, le digo yo, porque sudor hay, sí, pero oler, lo que se dice oler...

Otra vueltecita al pollo y listo para la cazuela, no sin antes quitarle algo de la piel ennegrecida, porque me percaté de que era más de lo que había supuesto.

A la cazuela le puse otro chorrito de vino, y yo me puse una cortinilla en un vaso, pensando en que aún tenía para media hora más. Allí puse las patatas y las zanahorias troceadas, un poco de agua y el caldo de carne. ¡Quedaría para chuparse los dedos! Rectifiqué de sal, y a esperar... Mientras tanto, me puse a fregar el cacharreo, para dejar sólo la cazuela a la vista.

Cuando acabé de recogerlo todo, apuré lo que quedaba en el vaso de vino. Entraba bien, muy bien. ¡Qué bien entraba! Noté entonces un cierto sofoco, un sudorcillo por la frente. Me senté para relajarme hasta que ella apareciera, con el mandil puesto, porque yo quería recibir a Pilar con las manos en la masa. Quería causarle buena impresión, sí, buena impresión, porque necesitaba darle cierre a nuestra relación, formalizarla. Pensé en probar el caldo,

---

---

en poner la mesa con el toque romántico de las dos velas sobre el “tú y yo” de hilo...

Sólo recuerdo los timbrazos airados de Pilar, que me sobresaltaron. “¿Cuándo pensabas abrir, guapo?” me espetó al hacerlo, mientras notaba que acababa de despertarme. Nada más entrar, comenzó a olisquear y se fue directa a la humareda ya densa que se había preparado en la cocina. La seguí como pude. Recuerdo que tropecé con algo que antes no estaba en medio. Apartó la cazuela, que estaba llena de churretes del jugo desbordado hacia el fuego, y en la que se había consumido todo el líquido. Lo apagó. El pollo era una cosa espesa amasada en el fondo, a la que echó agua fría. La oí gritar, entrelazar sonidos, envuelta en el olor a quemado, mientras abría las ventanas. “¿No tienes ni la mesa puesta!”, añadió. A mí todo me daba vueltas y, desorientado, no acertaba a articular palabra. La sensación de culpa de todo aquel desaguisado era más fuerte que el raciocinio. Pensé que lo había echado todo a perder, aunque mi intención era buena. Estaba muy confundido.

Después de limpiarlo todo, Pilar me hizo ver que quería irse. “Venía duchada”, me dijo, con desazón, “pero con este desastre, ya tengo las glándulas a cien, así que me marcho a casita a quitarme este olor a chamusquina y a ponerme fresca. Todo se quedará en un yogur. No sé cómo me pude fiar de ti ni de tu invitación. ¡Pero, di algo, no te quedes con esa cara de tonto!”. Se fijó un poco más en mí, y cerró el monólogo: “¿Si estás ebrio!, ¿no te das cuenta? Desde luego, hijo, ¡qué Adán!”. Dio un portazo, y se marchó.

Volví al sofá, que era donde mejor se estaba. Recuerdo, desde una posición recostada, y con el delantal bien anudado, que divisé, a lo lejos, como ondulándose, la botella vacía de vino; de un muy buen blanco, sí señor.

---